

REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tomo VI

Lima, Junio-Julio de 1938

Número 3-4

LA REVISION DE VALORES EN EL MUNDO ACTUAL

Por *MERCEDES GALLAGHER DE PARKS*

Es hoy casi un cliché de filosofía barata aquello de que el mundo está padeciendo una aguda crisis espiritual e ideológica. La existencia de tal crisis y sus distintas manifestaciones son tema obligado de escritores, conferenciantes y predicadores. Pero resulta más fácil y cómodo emplear el tal tema como recurso retórico y lugar común de moralistas que estudiar el fenómeno que lo constituye con criterio desapasionado, darse cuenta cabal de su verdadero carácter, y aprender a reconocer este carácter en todas sus manifestaciones, claras y evidentes las unas, oscuras y sutilísimas las otras, y a veces unas y otras contradictorias entre sí a lo menos en su apariencia, si no en su realidad esencial. Quien se dedique a indagar seriamente el problema y a tratar de comprenderlo en su totalidad en lugar de hablar sobre él a destajo muy fácilmente encontrará que hay en este fenómeno una característica siempre constante entre apariencias diversas, la cual orientará su criterio a través del laberinto ideológico en que nos hemos extraviado y lo iluminará hasta dentro de sus repliegues más oscuros. Porque en el tal caos impera cierto orden: todo en él obedece a una causa misma que explica lo que dentro de las ideas actuales nos sorprende y nos intriga, y que pone de acuerdo entre sí aun a las más desconcertantes contradicciones que se suelen encontrar en las maneras de pensar de nuestro mundo actual.

Y es que el denominador común en todos los movimientos de ideas contemporáneos es el de ser ellos *revisiones de valores*, y re-

visiones totales, absolutas, que con nada transigen y que sólo respetan lo que es fundamentalmente respetable, aunque a veces parece como si ni eso mismo lo respetaran. Y es que a muchos hombres parece fundamentalmente respetable lo que no lo es en realidad. Así mientras por un lado innumerables prejuicios, costumbres y manías intelectuales que formaban el completo bagaje espiritual de la gran mayoría de las gentes se desploman y se deshacen dejando descarriados y desmoralizados a quienes sobre todo ello fundaban su vida, por otro lado los valores absolutos, los eternos, emergen del caos más firmes y luminosos que nunca. Es por eso que la "élite" espiritual que no vive de clichés y prejuicios sino que se apoya en realidades morales se siente cada día más confiada y optimista, aunque deplora las tristezas y las tragedias que la crisis actual produce entre los timoratos y los hombres de poca fe, y los sufrimientos espirituales que necesariamente les impone. Tales situaciones las vemos producirse a nuestro alrededor, bajo una forma u otra. Aquella revisión de valores en que la humanidad está empeñada va dando al trasto con los cómodos edificios de prejuicios y de ideas adquiridas en que se albergan los perezosos y los indiferentes en materia espiritual. Todo lo que era falso, convencional, artificioso e inútil va por la borda; nada se acepta porque si, todo se indaga, se escudriña, se critica y se analiza. Es este un proceso penoso, erizado de peligros, pero sumamente saludable en última instancia, porque es algo así como una catarsis ideológica y moral.

Aunque el fenómeno está más o menos en la conciencia de todos, resulta instructivo dar una ojeada sobre las diversas formas que reviste para aprender a reconocerlas y no dejarse sorprender por hechos que, por muy inquietantes que parezcan, tienen su lugar propio dentro de la lógica de los acontecimientos en el momento actual.

Para principiar por lo que más inmediatamente salta a la vista diremos que es en las costumbres donde la crisis actual se cristaliza en formas visibles aun para la más completa miopía intelectual, y que más particularmente alarman y escandalizan a las gentes que son conservadoras no tanto por principio cuanto por herencia y costumbre. Ellas son precisamente las que menos entienden de movimientos de ideas pero que más fácilmente se impresionan ante los

hechos concretos. Es entre ellas casi un lugar común el decir que la decencia en el vestir y la cortesía en los modales han muerto. La mujer del siglo diez y nueve, exagerando la reacción contra la chocante escasez de ropas durante la época del Directorio y del Primer Imperio (que olvidan o ignoran quienes se imaginan que el impudor es un pecado típicamente "moderno") vivía como un gusano dentro de su capullo, envuelta en voluminosas faldas, absurdas cinturas, barbas, blondas, plumas y abalorios, cosas todas ellas feas, antihigiénicas, costosas e inútiles. Y el hombre, a su vez, se abotonaba dentro de sendos levitones y cuellos almidonados y se cubría con ridículos sombreros de copa. Hoy la ropa se ha reducido a lo esencial, y como siempre sucede en achaques de modas, el mal gusto ha llevado la tendencia hasta la exageración, particularmente en los trajes de baile de las mujeres y en la ropa de baño de ambos sexos. La cruzada que se hace en nombre de la moral cristiana y de la decencia social contra tales aberraciones del gusto es muy necesaria y muy justa, pero no hay que alarmarse indebidamente por el fenómeno en sí. La noción de decencia no ha muerto, se ha modificado simplemente. Es uno de tantos valores que ha sufrido revisión. Hoy, para la gente que sabe pensar, la ropa es algo que debe cubrir debida y honestamente el cuerpo, pero no envolverlo, oprimirlo y martirizarlo; las normas justas han prevalecido sobre las redundantes, artificiosas y convencionales. Y si las gentes de escaso criterio y endebles principios, en nombre de esta revisión de valores pretenden abolir el recato, debemos recordar que gente de tal calaña la ha habido siempre, y que en todo tiempo ha sido necesario reprimir sus desmanes que ora toman una forma, ora otra. Lo propio acontece con la cortesía; ella tampoco ha muerto porque representa una norma eterna y esencialmente cristiana —la consideración para con el prójimo— que perdurará siempre. Pero la cortesía de ceremonia y de convención, el cliché de cumplido vacío, de labios afuera, el apretón de manos, gesto de cordialidad aprendido de los ingleses pero que ellos no prodigan como lo prodigamos nosotros hasta hacerle perder todo valor, tales fórmulas van desapareciendo rápidamente y entre la gente culta es hoy moda —y muy sensata por cierto— aquella cortesía que no hace alarde ni protesta alguna, la del corazón, no de las fórmulas vanas.

Si esa es la más inmediatamente palpable de nuestras actuales revisiones de valores, la más espectacular, la que más da que hablar y más tinta hace correr es la política. Aquí también los ideales artificiales, los credos convencionales se han debilitado o desintegrado; ya sólo los espíritus simples siguen creyendo sinceramente en la eficacia mágica del sufragio universal y del parlamentarismo como mecanismos infalibles de buen gobierno. Murió el viejo liberalismo, actitud de transacción buena sólo para una época en que todo se componía de transacciones y que era timorata en el fondo pese a todos sus alardes de progreso. Y el ideal democrático ha demostrado su falsedad como hecho psicológico, aunque hay países que aun se aferran a él, los unos por ceguera política y los otros porque la palabra democracia es un disfraz cómodo para sus apetitos, sus temores, o su congénita pereza intelectual. Pero quien ve la realidad de las cosas comprende que el ideal democrático de la demagogia parlamentarista, que presupone la igualdad de las inteligencias y de las capacidades para la vida práctica, no es más que la tergiversación del ideal cristiano que proclama la igualdad de las almas ante Dios y, como corolario, de todos los hombres ante la ley, que debe ser la interpretación humana del Decálogo.

Hasta aquí, la revisión actual de valores salta a la vista. Si pasamos al terreno de la ciencia, encontramos allí un desconcierto tan grande como en las costumbres y la política, pero que parece debido a descubrimientos técnicos más bien que a movimientos ideológicos; a los extraordinarios progresos recientes de la física y de la microbiología. Pero cabe aquí preguntarse si han sido los antiguos hábitos mentales los que han sido destruidos por la nueva técnica, o si lo es precisamente la tendencia iconoclasta de hoy la que ha contribuido poderosamente a hacer posible la actual revolución científica barriendo con los añejos prejuicios y preparando así las nuevas perspectivas que tanto nos sorprenden.

En las artes, tal revisión ha tenido efectos complicadísimos y sutilísimos. Ella explica el derrumbamiento de muchas reputaciones que en el siglo pasado se consideraban consagradas y eternas, y la elevación de otras antes casi insignificantes. Pero como los valores estéticos son los más impalpables de todos, como sólo los siente quien ha nacido especialmente dotado, la revisión de valores no se ha impuesto aquí con la misma uniformidad que en la cien-

cia, que maneja hechos concretos, y vemos así a gentes que se creen cultas ensalzar todavía a artistas que para quien sabe discriminar resultan ya ídolos caídos y valores falsos. En la pintura, el surrealismo es un fenómeno curioso nacido de esta época de transición. Del mismo modo que los nudistas niegan el pudor, la necesidad de cubrir partes del cuerpo humano, los surrealistas niegan la necesidad estética de representar la realidad visual en la pintura, mientras los grandes maestros que verdaderamente encarnan el espíritu moderno, Cézanne y Van Gogh, se contentaron con reducir esta representación indispensable a lo esencial, suprimiendo todo el farrago inútil de la técnica clásica y de la convención romántica. Se crearon así una técnica propia, mucho más difícil debido a su misma sencillez escueta y en la que el único recurso es el genio innato. Paralelamente a los surrealistas, ciertas escuelas modernas de músicos niegan la tonalidad, que es necesidad ineludible de la verdadera creación musical. Por otro lado, en el campo de la música es efecto de las tendencias actuales la bancarrota de la ópera, arte convencional y artificioso, y el eclipse que hoy sufren los cantantes en provecho de los violinistas y ante todo de los directores de orquesta, productores de música pura, de valor absoluto, pero que en épocas pasadas eran personajes casi anónimos por quienes nadie se apasionaba. El espacio que ha ocupado recientemente en las noticias cablegráficas el "affaire" Garbo-Stokowski es debido más a la importancia como publicidad de Stokowski que a la de la Garbo. En resumen, podemos decir que aquellas tendencias desviadas en las artes a que nos hemos referido, y que son incapaces de producir fruto maduro y sazonado por sí mismas, son valiosas y saludables como fuerzas demoledoras, que abren campo a la reconstrucción sobre bases más sólidas.

La filosofía es, por su naturaleza misma, revisión de valores; aquí la revolución la hicieron ya Descartes y Kant y ha completado su ciclo Bergson, cuya influencia ha sido posiblemente la más profunda, dentro del campo del pensamiento puro, en formar la ideología del hombre moderno ya que ha logrado descender de las aulas académicas hasta las calles y plazas. Quizá en los siglos futuros cuando se estudie nuestra época se opinará que los dos influjos más poderosos en formar su espíritu han sido Bergson y la guerra mundial. En este campo por consiguiente la revisión de valo-

res se ha dirigido no tanto contra los pensamientos como contra los pensadores; a ninguno se acepta hoy en total por principio de autoridad; las doctrinas más venerables se examinan y se desmenuzan para separar lo que es en ellas pensamiento esencial de lo que es andamiaje dialéctico innecesario. Y si de tal examen aun colosos como Kant, cuyo andamiaje es tan complicado, han salido algo mal parados, el espíritu de clarividencia que hoy nos induce a aceptar sólo lo que verdaderamente vale ha sabido revalorizar la filosofía escolástica, y así puede decirse que el hecho más notable y más significativo de la metafísica contemporánea es la vuelta a Santo Tomás.

Y si, para recapitulár una vez por todas, de las distintas ideologías especiales encerradas dentro de sus propias técnicas pasamos a la general, al concepto total de la vida, el "Weltanschauung", que dicen los alemanes, vemos que entre los derrumbamientos de sistemas políticos y de posiciones filosóficas quedan hoy erguidas frente a frente dos fuerzas que, reducidas a su más simple expresión, a su fórmula más escueta, son la afirmación eterna y la negación absoluta, la primera encarnada ahora y siempre en la Santa Iglesia Católica y la segunda, proteiforme a través de la historia, y abanderada hoy bajo el lema materialista-comunista. Ya no hay vías medias, las posiciones de transacción ya nada significan. Y se va desvaneciendo el error que por tanto tiempo ha perdurado aun entre las gentes mejor intencionadas, el que identifica a la religión de Cristo, valor eterno si los hay, con la posición conservadora, valor relativo dentro de ciertos momentos históricos. La Iglesia es conservadora, si, porque lo que es eterno se conserva necesariamente por sí solo sin necesidad de credo político o social que lo asesore y escude, pero como todo lo que es eterno es al mismo tiempo progresista ya que se adapta a las ideas de mañana lo mismo que a las de ayer. La Iglesia es en realidad la institución más progresista que existe en el mundo porque después de veinte siglos de existencia está llena de vida y de vigor, y la verdad es que en ciertos casos ha asumido actitudes tan "de avanzada" que de puro no comprenderla sus detractores la han tildado de retrógrada. Las sectas y herejías que son verdadera e innatamente conservadoras en el sentido de no saber evolucionar con el tiempo; las religiones orientales apollilladas dentro de su inmovilidad hierática, las mil

sectas protestantes nacidas de prejuicios, apetitos y rebeldías del momento, esas son las intransigentemente conservadoras o más bien retrógradas, las que se van desmoronando y van perdiendo palmo a palmo su influencia sobre el alma del hombre moderno. Pero la verdad custodiada por la Santa Iglesia de Dios es siempre joven y siempre nueva, es perennemente cosa de actualidad. Y es por eso que los católicos no debemos perder el optimismo y la fe ante el caos del mundo moderno, ni debemos creer que la verdad se viene abajo porque se derrumban cosas que nuestros abuelos creían ser verdades y que eran sólo prejuicios adquiridos que carecían de valor absoluto. Para orientarnos dentro de la baraunda de ideas y doctrinas en el mundo actual es indispensable que aprendamos a revisar todos los valores a la luz de la fe, y a rendir pleitesía absoluta sólo a los que son verdaderos de verdad, es decir, fundamentales y eternos.

Lima, abril de 1938.

Mercedes Gallagher de Parks.